

Así pudiera haber escrito Lutero si su intencion hubiese sido ponerse á la cabeza de una revolucion, pero no si llamándose evangelista y Elías pretendia aconsejar al pueblo que se mantuviera dentro de los límites del orden social. Al expresarse, no obstante, con la violencia y grosería que hemos visto dió pruebas de mucha ingenuidad, de grande ignorancia del mundo, y de que todo su espíritu estaba únicamente poseido de los intereses religiosos. Esto le hacia, como él mismo decia, embestir á veces como un caballo cegado, repartiendo coces y atropellando todo lo que encontraba en su camino. Lutero estaba completamente dominado por la idea de estar peleando personalmente con el diablo, de suerte que todos los obstáculos que encontraba en su defensa del Evangelio los atribuía á Satanás, y al repartir mandobles al Papa, á los obispos, al emperador y á los príncipes creía darlos á Satanás, *majestad maldita*. Esto debe tenerse presente cuando dice: «El que ora blasfema, y cuando yo digo «santificado sea el tu nombre,» maldigo á Erasmo y á todos los adversarios de la palabra de Dios.» La costumbre de los antiguos germanos que enseña la *Edda* y que respiraban todas las canciones de los soldados mercenarios de la época, era que el guerrero respondiese á la burla con burla. A esto tambien debe atribuirse la pretension inaudita de Lutero cuando declara que su palabra es la palabra de Cristo, su juicio el juicio de Dios, y su doctrina superior al juicio de los hombres y aun de los ángeles. Lutero era acaso la personificación del individualismo germánico mas insolente que conoce la historia. En una carta dirigida á Brenz, dice que del cuádruple espíritu de Elías (1, Reyes, 19) le habia tocado á él el terremoto, el viento y el fuego, pero no aquel suave susurro con el cual el Señor Dios se acercó á su profeta. Para que la miés madure es preciso que el trueno y los relámpagos purifiquen la atmósfera. Se ve que Lutero conocia la energía elemental de su índole y que no se lisonjaba con la idea de lograr fácilmente y de seguida la victoria y sus frutos.

Lutero no cambió ni aun despues que las tormentas de la revolucion hubieron abierto un profundo abismo entre el hasta entonces adorado héroe de la reforma y las masas.

El verano de 1524 se manifestaron ya los comienzos muy poco aparentes de un movimiento que probó que no en vano se inflaman las clases inferiores de la sociedad, la cual no se contenta con palabras, sino que quiere hechos. Ya hemos visto que desde mucho tiempo se habian unido ideas y tendencias políticas y sociales á la fermentacion religiosa. A la sombra de la bandera del Evangelio se levantaron los pequeños y oprimidos contra sus enemigos, que para ellos eran tambien los de Dios, contra los locos y tunantes, tanto si vestian hábito como si estaban cubiertos de la armadura de caballero.

CAPITULO VI

LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS

El mayor levantamiento de las masas que hasta hoy tiene que registrar la historia de la nacion alemana no tuvo por origen la religion, sino que fué puramente de origen social. Este es un hecho que ya no admite duda ninguna, y nadie podrá hoy acusar fundadamente á la reforma religiosa de haber provocado la guerra de los campesinos. El movimiento eclesiástico y religioso ocupaba demasiado la imaginacion de los hombres del siglo xvi, y era el centro de todos los intereses, los cuales por tanto no podian menos de atribuir á los sermones ó á las agitaciones de la nueva doctrina la revolucion que se acercaba á la sombra de la bandera reformista. Los católicos vieron en la revolucion el natural fruto de la

herejía luterana y designaban como fautores del movimiento revolucionario á los predicadores reformistas y al reformador de Wittenberg, llamado por algunos *el gran asesino*. Por su parte los reformistas acusaban como fautores de la revolucion á los neófitos entusiastas é ilusos de la reforma, que habian suscitado la persecucion ejercida por la Iglesia antigua contra los legítimos maestros de la doctrina nueva. Esto habia favorecido, segun ellos, á los elementos impuros y pseudo evangélicos. Así de una y otra parte se atribuyó el origen del movimiento á lo que á la sazón ocupaba mas vivamente los ánimos, y en todos los actos de la reforma, así Lutero como sus adversarios veían en cierto modo la mano del demonio. Al mismo tiempo existian verdaderos motivos de queja en la poblacion campesina, pero estas quejas y los muchos levantamientos de la misma clase ocurridos desde pocos años antes y que tanto habian dado que hablar, fueron eclipsados en la mente de aquella generacion por el movimiento religioso. Cuanto mas se mostró esta tendencia en los escritos, tanto mas debemos ahora esforzarnos en formar un criterio independiente y analizar los múltiples aspectos de la historia de aquella época sin dejarnos deslumbrar por las opiniones corrientes entonces. Los campesinos sublevados se habian acostumbrado á hablar del Evangelio puro, de la palabra de Dios pura y simple, y de la libertad y fraternidad cristianas; pero esto no debe inducirnos á error: tambien detrás de las frases filosóficas de la revolucion francesa estaban los intereses muy materiales y palpables de las innovaciones sociales, políticas y económicas. Una cosa muy análoga sucedió en la época de la reforma de Lutero: el Evangelio verdadero de los campesinos apenas tenia nada de comun con el Evangelio de Lutero.

En nuestra época ha disgustado á muchos que se llamara guerra de los campesinos á aquel movimiento, porque tambien contribuyeron á él los proletarios de las ciudades, parte del clero bajo y hasta algunos elementos de la baja nobleza. Mas la gran masa de los ejércitos revolucionarios estaba formada por los campesinos, y el programa adoptado por los revolucionarios presenta en sus doce artículos un carácter decididamente agrario. Sabido es que Lasalle trató de atribuir, y no sin razon, á esta guerra un carácter reaccionario, pues que su objeto era solo obtener una aplicacion mas justa del orden social de la Edad media basado completamente sobre la propiedad territorial, y bajo este punto de vista solamente combatió á los poderes monárquicos y al capital de las ciudades. En cierto modo la revolucion alemana constituye el trágico remate de los movimientos agrarios que en los últimos siglos de la Edad media acompañaron á la gran revolucion económica, movimientos que por lo general, aunque no siempre, buscaron en las ideas religiosas una especie de consagracion de sus tendencias. Sin embargo, tampoco debe compararse la guerra de los campesinos en la época de la reforma con las luchas por la libertad de los frisones y de los suizos; porque estas luchas no tenian ninguna tendencia á la transformacion general de la sociedad, ni se trataba en ellas de aplicar principios ideales á las diversas relaciones sociales ni de adoptar nombres vagos para encubrir el objeto principal. La forma mas ruda de la revolucion agraria es la que nos ofrece la historia de Francia; los llamados *Pastores* de 1251 y de 1320 adoptaron todavia una bandera religiosa para saquear al clero y á los judíos; pero en la *Jacqueria* de 1358 vemos el ardimiento de una poblacion rural oprimida, cuya degeneracion bestial completa nos da una idea de los pecados y crímenes de sus amos y que en opinion de un historiador francés solo puede ser comparada con la sublevacion de los negros de Santo Domingo, que luchaban, dice aquel autor, «para pagar martirios con martirios é ignominia

con ignominia.» Su principio, si es que puede hablarse de principios en estos casos, fué la pasion de las masas aguzada solamente por la sed de venganza, ó como dice un poeta nor-mando del siglo xiii, al describir una sublevacion de aldeanos de época pasada, por boca de los oprimidos: «Somos hombres como ellos (los nobles), tenemos los mismos miembros que ellos, cuerpos tan grandes como ellos, y somos treinta ó cuarenta labradores contra un caballero.» Un cuadro muy diferente nos ofrece con todos sus excesos la revolucion inglesa del año 1381, que se anunció, como la guerra de los campesinos alemanes, por una serie de sublevaciones menores, que fué tambien acompañada y preparada por una abundante literatura popular de quejas y de sátiras, y que tambien se parece á la alemana porque se quiso atribuir su responsabilidad al gran reformador inglés contemporáneo, Wiclef. Los predicadores ambulantes discípulos de éste contribuyeron con su propaganda bíblica á aumentar la fermentacion que ya estaba en las masas; pero Wiclef jamás habia pensado en excitar á la revolucion. En las frases de aquellos demagogos se hablaba de la verdad, que debia libertarse como en Alemania, y tambien recuerdan el movimiento aleman las profecías y tendencias apocalípticas del pueblo inglés y su esperanza de que apareceria un rey que castigaria al clero, como dice la Sagrada Escritura, y libraría al pobre pueblo. Como en Alemania, se ve tomar parte en el movimiento al clero bajo, en especial á los frailes mendicantes, cuyo tema muy corriente de sus sermones calurosos era: «Cuando Adán cavaba la tierra y cuando Eva hilaba, ¿quién era entonces el noble?» Entonces se obligó á muchos nobles á declararse de rodillas hermanos de los campesinos. El populacho de Lóndres se agregó al movimiento; las turbas armadas pedían en primer lugar la supresion de la servidumbre y otras cosas en favor de la poblacion rural, tanto que la poesia popular inglesa habia creado una figura ideal mística de la poblacion rural infortunada, llamada «Pedro el Arador,» figura que se distingue muy ventajosamente del ideal análogo aleman, «Juan Azadon,» porque el ideal inglés es descrito como conocedor perfecto del camino de la verdad y de los sufrimientos de la humanidad.

Grande es la afinidad entre el movimiento inglés y el alemán, y el final de uno y otro parece tambien á primera vista idéntico, porque ambos fueron sofocados con la mayor dureza; pero en Inglaterra quedó desde entonces suprimida la servidumbre, si no de derecho á lo menos de hecho, mientras que la guerra de los campesinos alemanes llevó consigo, como es sabido, tiempos mas duros que nunca para la poblacion rural. Quizás tuvieron algun influjo en este triste resultado el diferente siglo en que se realizaron ambos movimientos y el retraso de la revolucion agraria alemana. En Alemania cesó el antiguo bienestar económico de la poblacion rural, sin que se tratara en cambio de hacerla figurar como miembro activo en la organizacion política ni en el imperio ni en los territorios particulares. Tampoco continuó la amortizacion de las prestaciones personales y en productos; por lo contrario, á medida que los señores territoriales observaron que estos impuestos, fijados siglos antes, no les bastaban ya para cubrir sus atenciones, mayores cada dia, así personales como políticas, tanto en los territorios particulares como en el imperio en general, quisieron en muchas partes anular las amortizaciones hechas de las servidumbres y arbitrar toda clase de medios para explotar mas á la poblacion sierva, cuyos derechos, muy escasos ya, fueron limitados todavia mas. Pocos eran los señores territoriales que como el austriaco Stubenberg consideraban una injusticia pedir á la muerte de un colono siervo la mejor cabeza mayor de su ganado, y menos eran los que habian recomendado á sus

hijos, como el conde de Zimmern, que no se extralimitasen en sus exigencias de impuestos y servidumbres. La nobleza antigua no habia tomado parte en la explotacion de su territorio, pero cuando los caballeros empezaron á explotarlo mas adelante, no fué ciertamente para bien de sus siervos. La multiplicidad y variedad de las relaciones entre los señores territoriales y sus súbditos que existian entonces no debe juzgarse siempre de la misma manera; pero es un hecho que desde fines del siglo xv se empezó á mostrar el síntoma funesto de la creciente miseria de la poblacion rural. La llamada compra de rentas, que el deudor podia denunciar, es decir, la venta á carta de gracia, fué una forma benéfica del crédito agrícola, si bien podia llegar á ser perjudicial para el labrador, como dice una hoja volante de aquella época. En ella se describe el artificio de los capitalistas de las ciudades que prestaban al labrador sobre sus fincas por cada cien florines de valor veinte florines, calculando que el deudor no podria pagar durante mucho tiempo el interés anual, y diciendo: «Si el hombre no paga le quito su finca y le echo de ella y así me hago con el dinero y con la finca.» Introdujose tambien otra forma de préstamos mucho mas peligrosa, dando en garantía la cosecha inmediata ó el esquilero próximo, por manera que ya no pertenecía al pobre lo que todavia estaba por producirse. Lutero califica la compra de intereses de ruina de la nacion y dice que el dueño de cien florines podia devorar cada año á un necesitado, fuese labrador ó industrial, sin exponerse al menor peligro ni trabajo. Si á esto agregamos que en algunas comarcas era ya grandísima la division del terreno, tanto que, segun dice Gothein, ya en el siglo xiv se habia generalizado en el Sudoeste de Alemania una especulacion sobre las propiedades rurales, se comprenderá que los territorios muy subdivididos, como los existentes en las cuencas del Tauber, del Neckar en el Bruchrain y en Ortenau, fueran en los siglos xv y xvi los focos principales de la agitacion rural. Lamprecht ha demostrado que en las cuencas del Mosela y del Rhin central quedó reducido el tipo medio de una hacienda rural á la cuarta parte de antes, y que la tentativa de poner límites á la subdivision aumentó el proletariado rural sin terreno.

Ya hemos dicho antes que la introduccion de un derecho exótico influyó desfavorablemente sobre la situacion de la poblacion rural; y aunque se mantuvieron todavia mucho tiempo despues de la guerra de los campesinos las asociaciones jurídicas y económicas de comunidades rurales desde las mas reducidas hasta las que abarcaron una comarca, no pudieron desplegar el necesario vigor para reorganizarse en la gran crisis de la poblacion rural, y poco á poco se convirtieron en meras formas sin efecto ninguno. La costumbre de una jurisdiccion propia y el derecho de la poblacion rural de tal ó cual comarca de llevar armas, nada pudieron contra el poder superior de los Estados modernos; ni sirve para juzgar ningun levantamiento armado de campesinos, como tampoco sirve para juzgarlo, segun algunos han pretendido, el hecho de que la servidumbre en su sentido mas riguroso no tuviera aplicacion á la poblacion rural de los siglos xv y xvi. Participo enteramente de la opinion de Freytag, que dice: «El que quiera juzgar circunstancias pasadas de Alemania, debe tener mucho cuidado de no confundir las circunstancias verdaderas de una clase de la sociedad con el derecho de que gozaba esta clase.» Lo que importa es saber cómo los labradores de aquella época juzgaron la servidumbre de cualquier grado que fuese, y sobre esto no hay duda ninguna de que en su gran mayoría la consideraron como una capital injusticia. Esta opinion de que era una injusticia, no solamente económica sino social, se fué extendiendo, como han demostrado Gothein y Lamprecht, con la idea de que los

labradores eran también intelectualmente una clase de parias. La educación intelectual, moderna entonces, el estado político, el derecho romano y la instrucción humanista eran para la población rural cosas exóticas, adversas y sin embargo superiores á ella. Su derecho antiguo, mezclado con restos de una época bárbara é ignorante, era en cambio la mofa y risa de las clases superiores, que en sus canciones y comedias ridiculizaban las figuras tontas, sandias, de los labradores y gañanes; pero con el tiempo se formó como hemos visto una literatura en dirección opuesta y de color democrático muy subido, que vió en el campesino ridiculizado el tipo de la fuerza, no corrompida todavía, del pueblo, el aladid de la revolución venidera y hasta creó un ideal de labrador noble, piadoso y santo. La apocalíptica y la astrología se habían interesado por los pequeños, los humildes é ignorantes, prometiendo el porvenir á estos desheredados del presente, los cuales veían ya un porvenir de señores y clérigos degollados. La apocalíptica y la astrología, elementos de la superstición, que encontraron fácil oído en las clases desheredadas, se habían ido amalgamando desde el siglo xv y desde las victorias de los ejércitos husitas con cierto radicalismo bíblico. Esto explica el uso que los campesinos, en sus diferentes levantamientos que precedieron á la gran guerra, hicieron de las frases justicia de Dios y libertad cristiana. Llegó el día en que apareció Lutero, el hijo de campesinos labradores, y el pueblo bajo de Alemania escuchó con avidez sus ardorosos discursos acerca de la restauración del Evangelio, de lo infundado y hasta satánico de todas las leyes humanas y de la libertad del cristiano. El Papa era el Anticristo; el emperador y los príncipes no valían gran cosa mas; los doctores eran engañadores engañados; las universidades templos de Moloch; los comerciantes usureros; los juristas ladrones y salteadores; la riqueza, el poder y la instrucción no valían nada; la palabra de Dios, en que se cifraba todo, era mas accesible á los simples que á los envanecidos de su ciencia. Estas palabras eran el nuevo evangelio, el consuelo y el verdadero cordial para el pueblo pobre y despreciado, el cual podía pensar que entonces ó nunca había llegado su tiempo.

Ya hemos hablado antes del carácter excitante de las hojas y escritos volantes del pueblo y del papel que asignaban al hombre del pueblo como abogado del Evangelio; pero además de estos escritos contribuyeron á la excitación y á la consiguiente gran conmoción social dos factores importantísimos: la astrología y los sermones radicales, que sin ser la verdadera causa de la revolución, enardecieron los ánimos hasta aquel grado máximo que precede á la explosión. La astrología, en rigor la única ciencia de aquel tiempo con la cual tuvo contacto el pueblo rural, ya por la mediación de los médicos, ya por sus calendarios y prácticas, había generalizado la idea de que los labradores eran hijos del planeta Saturno, y habían nacido como los criminales y vagabundos predestinados para la desgracia. La creencia de que la servidumbre venía ya de Cam, hijo de Noé, divulgó la misma idea. Con estas explicaciones las clases elevadas justificaban la triste condición del pueblo bajo, y acallaron la voz de la conciencia que alguna vez se levantaba en ellas contra la injusticia social. Por otro lado, sin embargo, la astrología había profetizado hacia ya mucho tiempo la misión reformadora ó por lo menos la venganza futura del pueblo bajo, en concordancia con muchas otras manifestaciones proféticas; y como en el tiempo de la reforma religiosa apareció el compendio apocalíptico del obispo de Chiemees, se volvió á imprimir la reforma del emperador Segismundo y se aumentó sucesivamente la literatura astrológica hasta tal grado, que según los datos de Friedrich llegó á exceder en número á la de la Reforma. Primeramente el anuncio de otro diluvio que debía

ocurrir, según los astrólogos, en el año 1524, produjo á medida que se acercaba el plazo una verdadera tensión calenturienta en los ánimos. Verdad es que hubo otros astrólogos que combatieron los temores exagerados, pero no pudieron ahogarlos. Hasta se publicaron instrucciones prácticas para cuando se efectuase la gran inundación, que había de suceder ineludiblemente al verificarse diez y seis conjunciones en el signo de Acuario. Además de este y otros fenómenos de la naturaleza, se anunció la revolución profetizada hacia tiempo que castigaría á los potentados eclesiásticos y laicos, y corrieron en manos del pueblo hojas volantes y libritos con grabados que representaban al Papa, al emperador y al clero temblando ante las masas armadas de aperos agrícolas y conducidas por Saturno. El matemático de Viena, Tanstetter puso su ciencia al servicio de la Reforma y anunció á los tiranos que se oponían al Evangelio que recibirían pronto su merecido, diciendo que las constelaciones anunciaban grandes desgracias al clero y que había que temer también una alianza de las comunidades rurales contra sus señores, y especialmente contra los obispos y todos los clérigos, que ya no recibirían en adelante ningún impuesto ni servidumbre de sus súbditos. Verdad es, añade el mismo autor, que esta alianza rural no se dirigirá solamente contra un amo, sino poco mas ó menos contra todos los que se valen de su fuerza y son la desgracia del labrador.

Con estos escritos habrá sucedido lo que sucedió con las palabras de Lutero: el pueblo tomó de ellos lo que mas le halagó; y los astrólogos, por lo demás, que buscaban en las clases elevadas su verdadero público, muy rara vez habían tenido la intención de provocar sublevaciones, como el médico de Suabia, Alejandro Sytz, que había tomado parte en la asociación del «Pobre Conrado» y había escrito polémicas contra la nobleza, enviando después cartas con dibujos de muchos animales y monstruos al parlamento de Worms con anuncio del año terrorífico de 1524. Estos cálculos, en apariencia muy científicos y exactos, que anunciaban el trastorno general dieron á las publicaciones astrológicas una gran fuerza que seguramente produjo también efecto en las clases elevadas, las cuales si no creían en un diluvio general, creían en la revolución y en el diluvio de sangre.

Mas influjo, por supuesto, tuvieron los sermones radicales ya rigurosamente bíblicos, ya místicos que se pronunciaban desde los púlpitos de las iglesias, en las casas y calles de las ciudades y en campo abierto, dedicados á las masas y que se leían por las familias adeptas. La energía de Lutero desplegada en Wittenberg contra los profetas místicos de Zwickau acalló á esta clase de gente por lo pronto; Karlstadt también se había retirado de la escena al ver que no podía obtener la jefatura que ambicionaba; pero decidido á marchar por su senda particular, se estableció en una aldea vecina como labrador, y vestido como tal sirvió á los labradores como el mas joven de la comunidad, fiel á lo que había dicho antes, á saber: que los braceros pobres entendían mejor que los frailes y monjas haraganes el modo de servir á Dios en espíritu. Al poco tiempo volvió á aceptar una plaza de cura párroco en Orlamunde, donde no solamente pronunció sus sermones místicos sino que también los publicó en un grandísimo número de escritos, pero sin intención de fomentar una revolución social. Solo pedía la independencia de cada comunidad en materia eclesiástica y religiosa, y sostenía que todo laico que se sintiese iluminado podía contradecir al predicador. Sobre su afición á la Biblia estaba la convicción que tenía de la suficiencia de la iluminación interior. Su lucha abierta con los luteranos de Wittenberg se relacionaba con la doctrina de la Eucaristía, que comprendió en sentido medio racionalista; y en apoyo de sus ideas hizo figurar en sus

escritos á veces como testimonio de su modo de ver algún labrador dotado de inspiración divina. Sus feligreses le eran fanáticamente adictos; y cuando Lutero, en el verano de 1524, pasó á la Turingia para acabar con los ilusionistas, encontró la mas fuerte resistencia. Los de Orlamunde, que poco antes le habían escrito una carta muy grosera, le rodearon como si fueran á devorarlo, y Lutero, renunciando á continuar sus debates con aquella gente iluminada, salió de la ciudad entre las maldiciones de sus habitantes, «contento, escribió después, de que no le arrojase el pueblo piedras é inmundicias.» Karlstadt, que había retado á Lutero, en Jena, á una lucha literaria y que con su comunidad había presentado queja contra él á su soberano el elector de Sajonia, fué expulsado por orden de éste del país, «sin ser oído ni vencido, arrojado por Martin Lutero,» según escribió en sus cartas de despedida á los hombres y mujeres de su comunidad. Adoptó entonces una vida ambulante y encontró adeptos decididos en Rotenburgo, Estrasburgo, Basilea y otros puntos, si bien no le dieron asilo. Uno de sus adeptos entusiastas de Rotenburgo, el maestro de latín Ickelsheimer, publicó en su defensa un escrito violento acusando á Lutero de perseguidor de cristianos, despreciador del hombre del pueblo y aficionado á la vida regalada. También le criticó su traje, demasiado mundano, y que se entretuviera, sentado en una linda estancia, tocando el laud y bebiendo alegremente con otros doctores y señores, comparando con sus trajes el gabán gris del hombre del pueblo que llevaba Karlstadt, de cuya vestidura humilde se había burlado Lutero. Lo importante en todas estas cosas es el hecho de que á la sazón ya no era Lutero el héroe de toda la Alemania anti-romana, y para muchos grupos reformistas había desaparecido el poder mágico de su persona; es decir, que había entrado en el período de declinación. El ideal del radicalismo evangélico era el cristiano humilde y sufrido y á su misticismo no gustó la naturalidad del traductor de la Biblia. Esta, á la verdad, era una recaída en la ignorancia de generaciones pasadas, pero lo que á semejantes extravíos aseguraba los aplausos de las clases bajas era, además del espíritu ascético antiguo, el color democrático; y así como había producido poderosa impresión la declaración de Lutero de que pobres labradores y niños entendían mas de Jesucristo que todo el clero reunido, del mismo modo produjo nuevo y grande efecto la aserción de Karlstadt al decir que los campesinos de Hellingen, Deustal, Frei-Ortla y otras aldeas se explicaban con mas acierto y sentimiento cristiano en nombre de Jesucristo que el doctor Martin Lutero.

Esto de los discursos cristianos de los aldeanos debe entenderse literalmente, porque no solo los artesanos honrados de las ciudades sino también los campesinos que manejaban el arado y el azadon tomaron muchas veces por lo serio la idea del sacerdocio general, creyendo que todo cristiano tenía el deber de estudiar é investigar la Sagrada Escritura; ya que, como dijo el peletero Lotzer de Suabia, los apóstoles de Cristo habían sido simples laicos y que la verdadera inteligencia y la ciencia no procedían de los hombres, sino del Señor, como maestro verdadero. Algunos predicadores reformistas como Matías Waibel de Kempton llamaron á varios seglares de los mas sencillos para hacerles anunciar la palabra de Dios; en el Allgau predicó el labrador Haberlin, en campo abierto, ante centenares de sus colegas; él mismo bautizó á un hijo suyo, y se propuso también dar la comunión á los que la pidieran. Habíale excitado á predicar otro labrador que también había predicado y había explicado á sus oyentes de una manera muy práctica que Cristo no estaba ni dentro ni al lado de la hostia que los estúpidos monjes, los sofistas y los anticristos alzaban para hacerle adorar, sino

que el que estaba en ella era el mismo demonio. Lo que mas caracteriza al espíritu dominante entonces, es que hubo eclesiásticos que procuraron presentarse como seglares ignorantes y personas instruidas que se hicieron pasar por aldeanos sin educación. Un cura párroco de Suabia recorrió el país como predicador ambulante, vestido de labrador, y para parecerlo mejor tomó los libros al revés en la mano, y en casas decentes comió las groserías de colocar los pies sobre el banco y aun sobre la mesa. Este llamado campesino de Wahr, cuya elocuencia causó respeto y admiración á Spalantino, se dirigió desde la Suabia á Franconia, donde desplegó una actividad energética y eficaz, particularmente en Nuremberg y en Rotenburgo. Ya sabemos que también se alabó Nicolás Storch, el profeta de Zwickau, de no saber ni leer ni escribir. Además de estos predicadores había otros que decían no saber de letra, y entre ellos hubo quien publicó escritos. El entusiasmo fué tanto, que un médico de Suabia adoptó el nombre de Juan Azadon; sus adversarios católicos dijeron que había predicado en las calles de Estrasburgo el exterminio del clero, y se cuenta que clérigos furiosos se echaron sobre él armados de cuchillos.

Mientras unos predicadores excitaban á los laicos á competir con los doctos y mientras otros hasta se fingían piadosamente laicos ignorantes, algunos excitaron á la población rural con su polémica violenta á no pagar á la Iglesia el diezmo ni ningún otro impuesto. El suizo Jacobo Strauss, que había hecho la propaganda en Berchtesgaden y Hall, predicó en Eisenach contra la usura, diciendo que tanto se había extendido que los cristianos ganaban en esto á los judíos, que merecían morir de hambre, y cuya conducta era aprobada por el Papa como por los legistas. No aconsejó la fuerza bruta, pero decía que el pobre debía obedecer mas á Dios que á los hombres y no dejarse amedrentar por ningún mandamiento ni por fuerza anti-cristiana ninguna. Schappeler, en Meiningen, sostuvo que todos los diezmos é intereses eran contrarios al cristianismo; que el cielo estaba abierto para los labradores y cerrado para la nobleza y el clero. Waibel de Kempton, Brunfels de Estrasburgo y otros predicaron y escribieron en el mismo sentido, y un doctor Mantel en Stuttgart recordó á los hombres pobres y piadosos los años de jubileo de los israelitas, en los cuales quedaban anuladas todas las deudas. Estos, decía, son los años que nos hacen falta. En medio de tales excitaciones encontraban oídos sordos los consejos que los mismos predicadores añadían de no sublevarse contra la autoridad. El bajo pueblo vió solamente que los mismos predicadores del Evangelio reconocían su igualdad de derechos y en cuestiones religiosas hasta una inteligencia superior. Así llegó á parecer un deber sagrado el negarse al pago de impuestos odiosos y opresores.

La mayor parte de aquellos apóstoles estaban convencidos de la fuerza irresistible de «la palabra de Dios,» y Strauss dijo que Cristo aniquilaría á los tiranos con el espíritu de su boca, y que la espada del Evangelio cortaría todo lo que no era divino sin causar heridas corporales. También Karlstadt y sus adeptos se separaron de Tomás Munzer y de los suyos, y los de Orlamunde escribieron á los habitantes de Alstedt en 1524 que no querían valerse ni de cuchillos ni de lanzas y pensaban, como cristianos libres que eran, sin mas coraza que la fe, unirse con ellos. Hay que advertir que Munzer había organizado en la pequeña ciudad de Alstedt de Turingia un servicio divino enteramente alemán, y que trató de formar allí el centro de un radicalismo cuyas formas fantásticas y cuyo fondo comunista le atrajeron las almas sensibles. No puede negarse que este hombre, que se había hecho el profeta de la clase mas baja y tosca, estaba dominado por un idealismo sincero y una indignación profunda al considerar

la condicion indigna de las clases bajas; pero tambien ardia en su pecho la siniestra pasion de la venganza, que unida al confuso carácter visionario y místico, le absuelve de toda sospecha de egoismo. Se habia alimentado como Lutero del misticismo de Tauler y de las ideas apocalípticas del abad Joaquin, si bien dijo una vez que su doctrina no era de este abad, sino que venia de Dios mismo. Al través de tentaciones y aflicciones habia llegado á conocer en su interior á Dios, y dijo que este conocimiento no podia adqui-

rirse en ningun libro y que la Biblia habia sido hecha para matar y no para dar la vida. Para conocer á Dios era menester pasar por los tormentos mas infernales de la desesperacion. Los hombres, dijo, que por ellos habian pasado eran los mejores, y estos hombres serian recompensados con el dominio del mundo, como decian tambien los *tabornitas* y los *niveladores* ingleses y como habia dicho Isaías: «Reyes les servirán, y el pueblo que no quiera servirles perecerá.» Así habian dicho tambien los husitas radicales. Munzer escribió

Practica vber die grossen vnd manigfaltigen Coniunction der Planeten/die in Jar. M. D. XXiiij. erscheinen/vñ vns gezeiffelt vil wunderbarlicher ding gepeten werden.

Auß Ró. Kay. Gnaden vnd Freyhaiten/Zit sich meniglich/dyße meine Practica in zwayen Jaren nach züruecken/bey verliering. 4. Mark lörgs Golds.



Profecía de la guerra de los labradores

Facsimile de la portada de la obra de Rynnmann: *Práctica para el año 1524*, impresa en Nuremberg en 1523

á los de Stolberg: «Entonces vendrá el Señor y arrojará al suelo á los tiranos, y dará fuerza al que le espera con fe.»

Estas doctrinas eran completamente opuestas á las de Wittenberg, que no aceptaban ensueños ni visiones. La conducta de Munzer tenia muchas veces algo de extraviado: una vez oyó en uno de sus raptos místicos, sin dar la menor señal de alegría ó de tristeza, que le habia nacido un hijo, y otras veces corria de noche armado por las calles como si alguien le persiguiera, ó tocaba á fuego sin fundamento ninguno; pero estos extraviós, lo mismo que su doctrina, ejercieron un poder mágico sobre el pueblo bajo, que acudía de muchas poblaciones de la Turingia á Alstedt, hasta que la destruc-

ción de una capilla de las inmediaciones dió motivo al gobierno para desterrar del país al peligroso profeta, que habia declarado ya el bautizo un «juego bestial propio de monos.» Poco tiempo antes habia pronunciado Munzer un sermón ante el elector y el duque Juan, en el cual excitó á los «caros gobernantes» á emplear la fuerza contra los enemigos del Evangelio, diciendo que los impíos no tenian ningun derecho á vivir; y añadió que si los príncipes no quisieran obedecer la palabra de Cristo, que habia mandado ahogar á todos sus enemigos á su vista, serian demonios en lugar de servidores de Dios y el Señor haria con ellos lo que el que arroja una barra de hierro entre cacharros viejos. Dijo ade-

más á los príncipes en su cara que el poder de la espada era en toda la comunidad, en los príncipes y señores, el fundamento de la usura, del latrocinio y del robo. Causa verdaderamente admiracion que semejante franqueza, á imitacion del lenguaje del Testamento Antiguo, no le atrajera por de

pronto ninguna molestia. Despues de su expulsion establecióse en Mulhouse, donde el monje cisterciense Enrique Pfeiffer habia predicado ya y excitado á la poblacion á sublevarse contra el consejo municipal. En Langensalza levantaron la voz los artesanos y sus mujeres diciendo que querian

Ein Bermon geprediget vom Pastoren zu Werde/bey Nürnberg/am Sontag vor Fastnacht/von dem freyen willen des menschen/auch von anruffung der hailigen.



Facsimile de la portada de un sermón impreso del «campesino de Wahr»

repartirse los bienes con los ricos y llevar gorras encarnadas. Poco tiempo despues se trasladó Munzer á Nuremberg, donde publicó su «Defensa y contestacion contra la carne que goza de buena vida sin espíritu en Wittenberg.» Habia ya publicado otros ataques contra Lutero y su tendencia, y en un pasaje resumió su opinion en esta robusta expresion: «Los que enseñan solo la fe son cerdos que se engordan.» A Lutero, á quien llama «doctor embustero, doncella Martin, archi-pagano, archi-tunante, Papa de Wittenberg, mujer casta de Babilonia,» le trata enteramente como le trataban los escritos católicos, de hombre que vive solo para gozar y de esclavo

miserable de príncipes. No contento con esto, dice que se mantuvo firme en Worms porque de otra manera le habrian degollado los nobles sus protectores; se burla de su «dulcísimo Cristo,» y declara blasfemia desvergonzada la negacion del libre albedrío. Dedicó este folleto al «Serenísimo y distinguido príncipe y Señor todopoderoso Jesucristo.» Lutero llamó á Munzer el «espíritu que queria devorar el mundo.» Este Munzer queria evocar un taboritismo aleman y desencadenar una revolucion que sin misericordia arrancara todas las malas yerbas y se propusiera la muerte de todos los impíos.